

tar sus actos de guerra, mientras propone a los mexicas una paz que solo a él puede beneficiar. Entretanto una piedra ha golpeado a Moctezuma, quien se niega posteriormente a ser curado y los mexicanos nombran un sucesor. Se suceden las crueldades, incendios, ejecuciones masivas, destrucción de todo tipo. Alvarado, el jefe cercano a Cortés, había causado una gran matanza, el emperador no se sentía capaz de seguir sufriendo por su pueblo y todo ello se confabulaba para una derrota previsible y total. De poco sirve a partir de entonces la resistencia encabezada por Cuauhtémoc o determinadas batallas en que son vencidos los españoles. La realidad es que sus alianzas con toltecas, tlaxcaltecas y otros pueblos que en algún momento habían sido vasallos o amigos de los aztecas, facilitó la entrada de Cortés en Tenochtitlan. Ni la llamada «noche triste», ni los problemas personales del caudillo, con la sospecha de su participación en la muerte de su esposa y otras cuestiones que más tarde serían aireadas por sus enemigos, le impidieron proseguir su labor, incluso apoyando incursiones hacia Michoacán o favoreciendo el establecimiento de colonias en el sur. Todo ello era parte de su plan articular para someter un imperio que había tenido fama de despótico entre sus vecinos. En la *Breve historia de España* de García de Cortázar y González Vesga se dice al respecto: «Hernán Cortés sale de Cuba, asalta el continente y sojuzga el Imperio azteca con la ayuda de los pueblos sometidos a la sangrienta Tecnochtitlán»<sup>7</sup>. Espléndido y breve resumen de la trayectoria del caudillo extremeño que, además, fue a revolucionar incluso el raciocinio de los indígenas. Refiriéndose a los tabascos y a la impresión que les causó la llegada de las gentes de Castilla, Thomas refiere lo siguiente: «Pensaban que los caballos eran como los modelos de ciervos que hacían con las semillas de amaranto, con colas y crines, durante la fiesta de Cuingo. Supusieron, durante un tiempo, que los caballos tenían el uso de la palabra, puesto que los castellanos les hablaban»<sup>8</sup>. El hecho es que tal conmoción trastocó toda una civilización de cierto interés pues los aztecas, que habían construido su capital sobre un islote rodeado por las aguas del lago Texcoco donde su dios Huitzilopochtli había dejado el signo del águila que devora a una serpiente, habían logrado una arquitectura propia de singulares características y un sistema

de cultivos llamados chinangas, huertos flotantes, con notable producción agrícola que era transportada por un sistema de canales y lagos hasta los centros comerciales. Las sucesivas acometidas de Cortés y sus hombres supuso una casi total destrucción de la capital y de los núcleos poblados, además de sus monumentos civiles y del arrasamiento un tanto despiadado de sus lugares de culto. Una vez logrado su objetivo, es decir el sometimiento de Tecnochtitlan, Cortés se impuso la tarea de edificar una nueva ciudad a la que fue dotando de características diferentes a las primitivas. Por ejemplo: sobre las ruinas del mayor templo azteca intentó construir la catedral y con la base que pervivió del palacio de Moctezuma nació un palacio que sería ocupado por los virreyes, máxima autoridad del territorio sometido. El tiempo y las sucesivas transformaciones del terreno han ido creando cierta unificación entre el mundo antiguo y el de la conquista, y así tenemos que las ruinas del Templo Mayor de repente aparecen junto a la Catedral y que la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco cuenta con tres edificaciones que dan testimonio de los avatares históricos de un pueblo en permanente evolución. Evolución que también apareció en la conducta del propio Cortés. De los hábitos guerreros primitivos, y una vez consolidada su labor, por sí mismos o por la influencia de los hombres piadosos que le acompañaban, el caudillo trató de actuar de manera moderada tal vez para lograr la conversión de los sometidos y para lograr su adaptación a las formas de vida que se deseaban implantar. Frailes como Olmos, Motolinía, Bernardino de Sahagún y Diego Durán colaboraron a esta dulcificación de las actuaciones de los castellanos y otros frailes como Olmedo o los franciscanos Pedro de Gante o Juan de Zumárraga defendieron la conducta de Cortés cuando ésta fue puesta en tela de juicio ante Carlos I, lo cual supone un reconocimiento de otras virtudes que las puramente militares y que su obsesión para encontrar oro o arrebatar tierras. Además labores como la de Pedro Mártir de Anghiera y de Bartolomé de las Casas crearon un fondo de humanización de la conquista que

<sup>6</sup> Thomas, 1994, 428.

<sup>7</sup> Fernando García de Cortázar y José Manuel González Vesga: *Breve historia de España*, Alianza editorial, Madrid, 1993, 265.

<sup>8</sup> Thomas, 1994, 612.

los guerreros, sólo con la espada, no se habían detenido a considerar y que elementos inquisitoriales, con la cruz, habían olvidado de imprimir en los nuevos sometidos. Nos queda de este espléndido libro, finalmente, un delicado perfil histórico donde la imparcialidad y la acumulación de datos de unos momentos tan difíciles como distorsionados por diversos intereses nos permiten un conocimiento novedoso de tan importante gesta. El hecho es que la aventura de Cortés posibilitó la unión de pueblos y problemas en esa unidad que hoy se llama México, tributaria de su propio destino y, superado ese «Siglo de caudillos» de que habla Enrique Krauze<sup>9</sup>, está creando estamentos de alto valor intelectual y científico. Olvidar las viejas rencillas para construir el futuro es el objeto prioritario de los propios mexicanos, soberanos en sus decisiones, pese a haber sido un pueblo al que todas las ingerencias se le han añadido, desde las francesas, cuando el pirata Jean Fleury atacó la flota que traía oro y otras riquezas a España y el rey Francisco I se quejaba de la no participación de Francia en el reparto o división del mundo, hasta la penetración norteamericana de siempre. La conquista, además tuvo un coste excesivo en vidas humanas. Recuerda Hugh Thomas que después de leer las obras de Bartolomé de las Casas «el mundo se quedó con la impresión de que los conquistadores asesinaron directamente a tres millones de personas en La Española, y apenas menos en otras islas»<sup>10</sup>. Si esto fuera así, una situación de enfrentamiento permanente como la que tuvo lugar con los aztecas y otros pueblos mexicanos habría alcanzado cifras escalofriantes, aunque el propio Thomas aclara que no tanto fue la guerra la causante de tal exterminio sino, sobre todo, las enfermedades importadas de Europa que hicieron fácil presa en unos hombres y mujeres no inmunizados ante los virus e infecciones que aparecieron de pronto a su alrededor. Parece, de todas formas, un precio demasiado alto el que los pueblos pacíficos e indefensos tuvieron que pagar para ser modernizados o incluidos en una diferente civilización. De cualquier manera los métodos audaces de Cortés y su penetración en aquel mundo tuvieron un reconocimiento oficial por el rey para quien consiguió tierras y riquezas. La cantidad de hombres que la historia ha reconocido a los aventureros anónimos que forjaron aquella gesta han de permanecer al

lado del propio Cortés, y de ello se preocupa el historiador Hugh Thomas al dar una extensa descripción de biografías y conductas. De cualquier manera la transformación había sido intensa y la imposición de las nuevas formas, taxativa: «Después de la conquista, se colocó en lo alto de la gran pirámide de Cholula una imagen de la sevillana Virgen de los Remedios, con su sonrisa sienesa y su capa dorada. Con sus ciento veinte escalones, era la pirámide mayor del mundo»<sup>11</sup>. Carlos I de España y V de Alemania, nombraría a Hernán Cortés Marqués del Valle de Oaxaca y, además, «le concedió la doceava parte de los beneficios de todas sus conquistas y aceptó que tuviera una encomienda de veintitrés mil vasallos, con lo que le convirtió en uno de los hombres más ricos del imperio español»<sup>12</sup>. Mientras tanto el desmembramiento de aquel mundo azteca había propiciado una nueva nobleza, la cual se habría integrado y mezclado, incluso físicamente a través de alianzas y matrimonios, con los propios capitanes que habían llevado a cabo la conquista. De esta manera el mestizaje comenzaba con los antiguos y los nuevos dirigentes y llegaba al pueblo llano en un gratuito igualitarismo histórico, lo cual contradice determinadas afirmaciones actuales según las cuales la fusión entre indígenas y españoles se habría hecho únicamente a través de matrimonios obligados con las mujeres sometidas, violación de los jóvenes indios por los guerreros y otros atropellos semejantes, puesto que, se proclama, las féminas españolas eran protegidas celosamente por los castellanos y era castigado bárbaramente cualquier indio que osara acercarse a una de ellas o mantener cualquier tipo de relación, incluso con el consentimiento femenino. Hugh Thomas termina su obra recordando que «una sociedad nueva y con el tiempo extraordinaria, poseedora de su propia magia, se alzó de las cenizas del viejo Tenochtitlan»<sup>13</sup>. Unos siglos después, y tras su independencia nacional, según recuerda Enrique Krauze en su libro anteriormente citado, México nacía a un futuro de complicada polí-

<sup>9</sup> Enrique Krauze: Siglo de caudillos. Editorial Tusquets, Barcelona, 1994.

<sup>10</sup> Thomas, 1994, 98.

<sup>11</sup> Thomas, 1994, 645.

<sup>12</sup> Thomas, 1994, 655.

<sup>13</sup> Thomas, 1994, 660.

tica y de difícil convivencia, donde los privilegios se siguen manteniendo en unos pocos en detrimento de los más. Sus caudillos, desde entonces, han tratado de modelar esa nueva raza firme y decidida para situar al país en un siglo XX convulso y angustiado. Los problemas, por ahora, no terminan con la insurrección de Chiapas, basada en una inveterada injusticia social, o en la permanente devaluación del peso frente a la moneda del poderoso vecino del norte, con el que ha firmado un tratado económico de dudosa viabilidad a medio plazo o con el asesinato, en la problemática frontera, de Colosio, el candidato oficial de un partido demasiado desprestigiado que, sin embargo, parecía con ánimos y fuerza suficiente para modificar la estructura interna del PRI, frente al acoso de los otros dos partidos en ascenso, PAN y PRD, y llegar a cambiar incluso los esquemas de conducta de amplios sectores de las capas más favorecidas del país donde, todavía hoy, la corrupción y los intereses creados siguen manteniendo a grandes sectores en una miseria tercermundista que sólo puede comprenderse cuando se vive cerca y no, simplemente, cuando se tiene noticia de ella por los periódicos.

**Manuel Quiroga Clérigo**

## Claroscuros de Jacques Lacan

**D**e algún modo, este libro de Elisabeth Roudinesco (*Jacques Lacan. Esbozo de una vida, historia de un siste-*

*ma de pensamiento*, traducción de Tomás Segovia, Anagrama, Barcelona, 1995, 812 páginas) es la tercera sección de *La batalla de los cien años*, una historia del psicoanálisis en Francia, cuyos dos volúmenes anteriores datan de 1982 y 1986, en sus ediciones originales. Los cien años son los que van desde el encuentro del joven Freud con su profesor Charcot, en el parisino hospital de la Salpêtrière (1885) hasta la consolidación de una suerte de freudismo a la francesa, en 1985. En el medio, la figura de Lacan es decisiva para este afrancesamiento de psicoanálisis. Más aún: si se lo quiere evaluar, hay que considerarlo a partir de su muerte, en 1981, en pleno proceso de peloterías sectarias intralacanianas, que el fundador intentó resolver disolviendo su escuela en 1980 y, si se permite la «interpretación», dejándose morir de cáncer cuando ya los problemas cardíacos y circulatorios habían minado buena parte de su lucidez mental.

La batalla a la que alude Roudinesco es, precisamente, la lucha por tener un psicoanálisis a la francesa, ante el hecho sangrante de que Freud, habiendo pasado por París, no hubiese sido incorporado a la panoplia de estrellas culturales y nacionales. Que Freud escapara al galicismo, resultó imperdonable. Tocaría a Lacan realizar el esfuerzo más visible para reparar el daño.

El trabajo de Roudinesco es titánico por sus alcances, de una probidad documental ejemplar y, si se obvian las discusiones entre sectas, ameno como lectura narrativa. Está montado sobre una sólida formación en cuanto a historia de las ideas y, por ello, en cada caso, se puede contextualizar cada tendencia o grupo psicoanalítico, de modo que la historia de esta disciplina se convierte en una de las posibles historias de las mentalidades en Francia, desde la Tercera República hasta nuestros días. En el apartado de Lacan, se suma a lo anterior la referencia directa, a través de entrevistas con pacientes, discípulos, amigos, enemigos, devotos y fóbicos del biografiado, chismes y trascendidos, escenas presenciadas e impresiones personales. Dentro de cierto tiempo, la muerte habrá tornado imposible la redacción de este libro. Tal vez, la exhumación de documentos mejore la posibilidad de la pesquisa, pero el tiempo, según sabemos, anula toda probable *biografía caliente* como la de Roudinesco.